

Más espeso que la sangre: la mentira del análisis estadístico según teorías biológicas de la raza

Tukufu Zuberi

Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales (CES), Grupo de Investigación IDCARÁN, Universidad Nacional de Colombia, 2013, 286 pp.

Traducción de Pablo González: *Thicker than blood. How racial statistics lie.*

La obra de Tukufu Zuberi es provocadora. Su hilo conductor es la reflexión sobre los usos sociales de la ciencia, especialmente la estadística en el debate político sobre las relaciones raciales.

Desde un análisis perfeccionado y situado en el contexto americano, donde la producción institucionalizada de las estadísticas raciales es utilizada, de modo más intenso, tanto para combatir como para justificar las desigualdades raciales, Zuberi establece una reflexión oportuna sobre las posibilidades y los límites del uso de las estadísticas para la comprensión de la realidad social y para la justificación de políticas públicas. Propone, de hecho, el uso estadístico de indicadores raciales, sin con eso aceptar la esencialización de la raza a partir de datos estadísticos.

Tres preguntas permean su obra: ¿cuáles son las relaciones entre estadísticas raciales y el pensamiento racista científico? ¿Cuáles son los principales errores del uso de las estadísticas raciales que son cometidos tanto por los defensores de la justicia racial como por los que intentan justificar tratamientos raciales diferenciados? ¿Sería posible construir estadísticas raciales y estudios causales sin que ellos reproduzcan esos errores? ¿Bajo qué condiciones pueden servir a la justicia racial?

En ese contexto, el texto de Zuberi pretende construir una nueva mirada sobre las estadísticas raciales, a partir de cuestionar las perspectivas vigentes de la investigación estadística y la categoría raza en cuanto variable discreta. Esto, porque el autor considera que “las metodologías estadísticas actuales se desarrollan como parte del movimiento eugénico y aún reflejan las ideologías racistas que las originaron”, y porque la raza se ha usado recurrentemente como un factor causal de las condiciones de los sujetos (13-14).

La propuesta del autor parte de entender que la recolección del dato racial, como se ha llevado hasta

el momento, justifica y mantiene un orden social racializado; sea que este dato se recoja en el marco de las luchas de preservación, como de destrucción, de la estratificación social (8).

En esta medida, el trabajo de Zuberi responde a un debate acerca de si se deben o no seguir recogiendo datos raciales, asumiendo que estos pueden tener efectos secundarios en los sujetos estudiados y que “juegan un papel social crítico al guiar y justificar las creencias tanto públicas como privadas y las políticas públicas” (14). Para esto, el autor hace un examen de los fundamentos de la estadística social en situaciones racialmente estructuradas, como una forma de entender las bases sobre las que se construye la idea de la clasificación racial y el significado de la raza.

El texto se divide en tres partes: la primera es la historia de la dominación racial y el origen de las clasificaciones raciales, que el autor define como el marco sobre el cual se desarrolla la estadística racial; tema que se aborda en la segunda parte del texto. En segundo lugar, Zuberi trata el desarrollo histórico de la estadística a nivel mundial, enfocándose en las diferentes corrientes, en especial la europea, la norteamericana y la surafricana, y la manera en que estas han influido en el concepto de raza y en la forma en que esta se estudia. Y la tercera es un balance de las ideas vigentes y el planteamiento de su nueva mirada.

El problema de la raza como un asunto de interés académico y científico surge como una respuesta a dos procesos históricos. De un lado, el fin de la esclavitud en los países americanos y, del otro, el periodo de la ilustración (33). Este momento representa una coyuntura debido a que las poblaciones antiguamente esclavizadas, en su mayoría africanos, adquieren un estatus de ciudadanos en el marco de las revoluciones burguesas, bajo unas nuevas ideas de

libertad e igualdad. Pero a la vez, son tratadas como ciudadanos de segunda categoría tanto económica, intelectual como socialmente. Esta forma de ordenar el mundo requería de una justificación que cumpliera dos propósitos: demostrar las diferencias existentes entre las razas, y de esta manera justificar un trato disímil entre las poblaciones, y mantener el orden social establecido en que una raza domina a las otras. En otras palabras, clasificar y estratificar racialmente la población (34).

Pero, para el autor, la existencia de una “esclavitud racializada” representa el problema original en los estudios sobre raza; ya que, como él anota, la esclavitud no siempre fue así: “la mayor parte de los esclavos alrededor del Mediterráneo, antes de la toma de Constantinopla en 1453, era de origen europeo” (36). Pero con la expansión de las naciones europeas durante el siglo xv y los procesos de colonización, las formas de esclavitud sufrieron un quiebre y empezaron a ser racializadas (41). De un lado, por la poca mano de obra nativa, en regiones como América, cuya población había disminuido drásticamente por las guerras y las enfermedades provenientes de Europa, y, por otro, por la facilidad de la compra de mano de obra africana, producto de saqueos y de tráfico de personas; dinámicas que existían cuatro siglos antes de los procesos de colonización americana (38-41).

La racialización de la esclavitud se dio, entonces, hacia 1502 como parte del comercio europeo de esclavos africanos hacia América (41), donde, como es el caso de São Tomé y Príncipe, los fuertes cambios demográficos sirvieron de precursores históricos a la racialización de la esclavitud (38-41). Siendo importante señalar que los esclavos iban principalmente a plantaciones de azúcar, cultivo que se convirtió en el sistema económico base para la racialización de la mano de obra esclava (44); y que mientras Europa promovía la demanda de esclavos, África hacía lo mismo con la oferta, organizándose para satisfacer la demanda europea, a tal punto que su economía dependía en gran medida de los procesos de esclavitud (42).

Pero este no fue el único proceso que sirvió a la idea de racializar la esclavitud. A la par de las migraciones de esclavos africanos, hubo procesos de colo-

nización por asentamiento de europeos en Sudáfrica (37), que transformaron las instituciones locales en constructos europeos, como una forma de apropiarse de la tierra y dominar localmente (39). Estos procesos de colonización devinieron en un desplazamiento espacial de la población nativa africana y en un proceso de estratificación racial y étnica (40). “De esta manera, los colonos consideraban a los africanos esclavos naturales, a los indígenas americanos, nativos nobles, y a los demás europeos, ciudadanos potenciales” (45).

Con la llegada del siglo xix, las revoluciones industriales, el inicio del capitalismo y el Estado democrático liberal, la esclavitud empezó a ser condenada y hubo procesos de emancipación a lo largo de toda América (45). Pero este nuevo giro histórico no supuso un cambio de discurso en cuanto a la estratificación racial, ya que mientras la población esclava se convertía en trabajadores a sueldo, la de origen europeo pasaba a convertirse en una clase industrial, que conservaba su carácter dominante y mantenía las relaciones de explotación (48). Formas de marginalización —que en América significaban bajos salarios y precarias condiciones de vida y en África nuevos procesos de colonización, esta vez no “por asentamiento”, sino de forma directa— se justificaban con la creencia de una “Gran Cadena del Ser” que clasificaba todo lo existente sobre la tierra, empezando por los objetos inanimados, yendo hacia arriba por los animales, la mujer, el hombre y luego Dios. Con esto se creía que los más bajos de los seres humanos debían parecerse a los más altos de los animales, pues eran los seres más cercanos entre una y otra especie; de lo cual concluían que los africanos se parecían a los simios, y que, por lo tanto, eran la raza humana más baja (51-52).

Esta clasificación suponía dos cosas importantes. La primera que era un designio divino, o sea que Dios lo había querido así y, por lo tanto, era incuestionable. Y la segunda, que era una clasificación que iba de los seres más simples a los más complejos; lo que permitía clasificar a toda la raza humana a partir de su desarrollo tecnológico o militar y de esta forma construir también una jerarquía de clases (52).

La justificación científica vino cuando la religión no bastó. Y para esta se hizo uso del darwinismo

social y de la eugenesia, que vendrían a ser las primeras explicaciones científicas de la estratificación racial (53); aun cuando Darwin se opuso a una visión morfológica de su teoría, pues no se trataba de que las razas progresaran y se volvieran mejores, sino que se hacían más diversas (58). En esta línea, se realizaron clasificaciones anatómicas y culturales, dividiendo a la población mundial en razas a partir del color de piel y/o su personalidad (54); al unirse a un discurso malthusiano, que procuraba el control poblacional y el mantenimiento de una población fuerte y saludable, estas clasificaciones dieron origen a la eugenesia y a guerras directas contra la población nativa americana y africana (56-57).

De igual manera, el darwinismo social se soportaba en la “hipótesis de la desaparición negra”, que asumía a la población africana como débil y menos desarrollada, por lo cual la esclavitud era una forma de ayuda no natural, pues una lucha abierta contra la población de origen europeo devendría en su extinción, debido a su habilidad limitada para sobrevivir (61).

Así, se realizaron múltiples estudios para justificar la inferioridad de la población africana, entre los que Zuberi resalta los de Francis Amaka Walter, quien a través de censos de población determina que el declive de la población africana en Estados Unidos era sinónimo de su inferioridad; empezando de esta manera los análisis estadísticos de la raza (61).

Sobre estos, lo primero a tener en cuenta es que la estadística ha asumido, históricamente, la categoría analítica de la “raza” como una variable (es decir, como algo que se puede medir), y que esta se define como una variable discreta, que asume valores aislados no continuos, o sea que no existen puntos intermedios entre las razas ni un sujeto puede cambiar de una a otra (7).

Zuberi rastrea el origen de las clasificaciones raciales en la creación de los censos; estudios que se encargaban de clasificar a la gente según ocupación, religión, lugar de nacimiento, ciudadanía y raza. La raíz de estos recuentos de población consiste en la necesidad de registros medidos de los cambios sociales; y para el autor, el desarrollo histórico de dichos estudios, en especial aquellos que recurren a temas

raciales, ha estado limitado por las visiones ideológicas de los investigadores y el contexto social en que se desarrollan (19-21).

Las perspectivas poblacionales, tanto en demografía como en estadística, corresponden a las tendencias de objetivación de grupos en estadística social. En estas se ve a los grupos como entidades con rasgos colectivos que pueden ser descritos estadísticamente, en oposición a otras tendencias que reconocen los grupos, pero entienden la condición racial como un rasgo individual. En la primera perspectiva, de la cual beben el movimiento eugénico, la biometría y la genética, se considera a las razas como un todo orgánico, que se mantiene unido a través de la herencia y de las relaciones sociales. Aquí la raza se entiende a partir de características morfológicas con base en criterios biológicos y sociales (67-68).

Pero la idea de raza va a ir cambiando dependiendo del momento histórico y el marco conceptual desde el que se mire. Con el desarrollo de la estadística como disciplina, se empezó a cuestionar su capacidad para explicar procesos causales a partir de análisis de regresión y se empezaron a implementar modelos de correlación, que permitían, a través de la asociación de variables, clasificar la población.

La eugenesia se ha caracterizado por tres principios: la base biológica incambiable de la clase y la raza; el supuesto de que “de tal palo tal astilla”, o la naturaleza hereditaria de las características, cualidades y defectos físicos, mentales, morales y de comportamiento de los seres humanos; y la superioridad y evolución biológica de una raza particular (72). De esta manera, la eugenesia se asienta en dos tesis: la idea de clasificación racial, en que se ordena la variación física en una escala gradual ascendente; y la reificación racial, que transforma los conceptos abstractos de las diferencias raciales en un sistema de clasificación racial (72).

Lo que estas teorías no asumen es que existen variaciones morfológicas causadas por el medio ambiente (climas), y que, por esta razón, no es posible realizar una clasificación de la población bajo estos criterios, pues no son características fijas (102). Como era de esperarse, después de 1950, con la caída del nazismo, la eugenesia perdió apoyo y se empezaron a

implementar políticas a nivel mundial que buscaban mitigar las diferencias raciales, bajo el supuesto de que todos los individuos son iguales (127). A la par, en África se empezó a cuestionar la supremacía racial blanca y a proponer nuevas estratificaciones raciales, donde los africanos dominaban (130). La justificación en estos casos provenía de la melanina, al acusar de su pérdida a las demás razas, y de ser, por consiguiente, genéticamente inferiores (131). La limitación de estas nuevas teorías era que caían bajo el mismo supuesto esencialista de la raza, y no se la entendía como una característica cambiante (135).

Opuesta a esta trayectoria, la estadística social tuvo un desarrollo no eugénico que buscaba definir y capturar las dinámicas sociales de las poblaciones, en especial de la afroamericana. Uno de los pioneros fue Du Bois, quien a partir de sondeos raciales en la ciudad de Filadelfia, analizó la comunidad y lo que podía hacerse para entender y cambiar sus problemas raciales (143). Para él, el estudio de la población afroamericana se dividía en dos categorías: la de los afroamericanos como grupo social y la de su entorno social particular (146). De esta forma, la raza se convertía en un síntoma y no en una causa, ya que, en cuanto construcción histórica, es resultado de los procesos vividos por las comunidades (147).

Los estudios empezaron a mostrar las segregaciones a las que se sometían los diversos grupos raciales y las formas en que estos eran oprimidos. Muchos de los resultados de los análisis evidenciaron un sistema económico inequitativo y barreras culturales para la inclusión; de donde surge la perspectiva estadística que tiene como foco la cultura (147-148).

El problema de estas nuevas corrientes es que en la estadística moderna dieron un giro a las explicaciones causales, que para Zuberi, aun cuando no se encuentren dentro del marco de la eugenesia, legitiman el uso de metodologías que perpetúan los problemas que quieren superar (156). Es decir, “emplear la estadística racial e implementar la raza como una causa, lleva a la esencialización de la raza como variable, lo que mantiene una idea de clasificación y estratificación racial” (158).

Zuberi afirma que el problema está en determinar cuándo la raza es vista como una característica inalterable de un individuo y cuándo como una causa

que puede actuar en los individuos de la población investigada (160). Para él, la raza es una variable que no puede ser una causa, que debe ser puesta dentro del contexto social (165) y no es un reflejo del genotipo o de las habilidades cognitivas (162). De esta forma, los estadísticos sociales deberían evitar usar la raza como medida de representación (*proxy*) de otras causas biológicas y culturales, y, por el contrario, recolectar información acerca de las causas biológicas y culturales que esta supuestamente representa.

Esta perspectiva se enmarca dentro de una línea que pretende ir “más allá de la estadística racial”. En ella se habla del fin de la recolección de datos raciales, como una forma de acabar con la estratificación racial y con el concepto social de raza, asumiendo que este no representa poblaciones genéticas ni biológicas (165).

Esta última idea se basa en que los estudios raciales parten de registros observacionales de características particulares (textura del cabello, color de piel), pero que detrás de estos no existe una teoría que fundamente la existencia de la razas (168). Para ellos, la variación biológica humana es real, pero la raza, como manera de organizar esa variación, es falaz (173).

Zuberi no se ubica dentro de esta perspectiva por varias razones. Considera que dejar de recoger datos raciales no implica el fin de las dinámicas que dichos datos representan, y por el contrario, sí conlleva desconocer la realidad (167). Para él, la estratificación racial es real aun cuando la biología no sea el origen de su causa, y su impacto en la sociedad debe ser estudiado (173). De esta forma, los datos raciales son necesarios para observar los efectos de los prejuicios raciales en la condición socioeconómica y en el bienestar individual.

Así, el autor resume la discusión en dos puntos. De un lado, dedicarse al análisis ciego con respecto a la raza (verla como un rasgo irrelevante) y, del otro, perseguir la justicia racial a través de estadísticas “conscientes de la raza” (191).

A partir de los insumos anteriores, el autor propone una nueva forma de abordar los estudios raciales, que pretende ser un punto medio entre las corrientes arriba mencionadas. Para él, los datos se deben continuar recogiendo, pero los análisis estadísticos deben ser des-racializados.

Se parte de entender “la raza como algo creado por el lenguaje, que crea y organiza las diferencias humanas en formas que tienen consecuencias políticas” (19); de esta forma, Zuberi entiende que la raza como noción biológica de diferencia física se basa en una ideología, y que para entenderla se debe seguir una aproximación histórica y social (21). Con ello “se des-naturaliza la raza y se pone la mirada sobre el contexto geográfico e histórico de las poblaciones, resaltando las similitudes, no en el material genético, sino en las tradiciones, formaciones y experiencias que conllevan que los individuos se sientan parte de un mismo grupo” (174, 181). Así, la mirada se posa en la forma en que la sociedad responde a la raza de un individuo más allá de entenderlo como grupo social.

Esta idea viene a ser el paso siguiente en su propuesta, y es que “la raza se asuma como un atributo individual y no como algo que puede ser manipulado” (206). De esta forma, no se puede usar la raza como causa en el análisis estadístico, ya que, por ejemplo, el problema de la condición del individuo no se entenderá como consecuencia de su raza, sino de la discriminación racial de la sociedad donde se encuentra.

A su vez, es necesario entender la discriminación racial como una forma de dominación (215) que se legitima en la estratificación racial; categoría que significa “la diferenciación de una población dada en grupos raciales jerárquicamente superpuestos”. Donde “su base y esencia consisten en una distribución desigual de los derechos y privilegios entre los miembros de una sociedad” (23).

En cuanto al análisis estadístico, el autor propone dos cosas. De un lado, distinguir entre estratificación racial y diferencias poblacionales como

una forma de entender el impacto de la clasificación racial (183). Esto bajo las premisas anteriores de comprender las diferencias poblacionales como desarrollos históricos y sociales.

Y del otro lado, propone afinar los conceptos estadísticos de teoría causal y efecto causal. Entendiendo la primera como aquella que describe aspectos de múltiples procesos y de los efectos que producen; y lo segundo como estudios observacionales de experimentos. Esto con el propósito de introducir la teoría de la “causación manipulativa” en la estadística social, buscando comprender cómo la pregunta de investigación va a manipular los resultados estadísticos que se obtengan y cómo bajo la idea de la inferencia causal se puede llegar a manipular la realidad para construir el dato (198, 120).

En síntesis, como explicita el autor, los datos estadísticos sobre “raza” podrían ser utilizados para construir descripciones sobre la estratificación racial en determinadas sociedades, sin embargo, siendo la raza un constructo social y la clasificación una demarcación política, no pueden servir para que se hagan inferencias sobre el comportamiento o las cualidades de las “razas”, lo que implica, en estos casos, un regreso a los presupuestos racistas del surgimiento de las estadísticas raciales.

Ojalá los científicos sociales lean atentamente las advertencias de Tukufu Zuberi.

EVANDRO PIZA DUARTE

*Profesor de la Facultad de Derecho
Universidade de Brasília, Brasil*